

LA PRINCESA DE AZAFRÁN

Por la ventana del carruaje se veía un campo desnudo, un lienzo abandonado sin verde, azul o morado; solo el amarillo de los años. En el interior del coche, la Marquesa de Achicoria se alisaba el cabello con ayuda de un espejito que le sostenía su único criado, mientras que su hijo miraba, con las cejas entrelazadas, el campo de hierbajos agonizantes.

—Hijo, ¿cómo me ves?

—Estás estupenda, mamá —Se apartó de la ventana.

Aquel exterior frío y yermo agitaba el pequeño bombón de chocolate que palpitaba en el pecho del pequeño.

—¿Por qué está todo tan feo? —preguntó.

La mujer de peluca grasienta apartó el tocado para acercarse más al espejo y se colocó un pelo rebelde.

—Bueno, hijo, hace mucho que no llueve, es normal que el campo esté seco —dijo al separarse del trozo de luna—. Otra cosa, en palacio me debes decir «madre», no me puedes llamar «mamá», ¿entiendes?

—No —sonrió dulce y meloso— ¿Por qué no te puedo llamar mamá?

—Tienes que dirigirte a mí con respeto cuando estamos en público, bobito —rio al pellizcarle una oreja—, es nuestra obligación portarnos delante de la princesa.

El crío volvió la cabeza al exterior y la apoyó entre sus bracitos del grosor de un tallo de margarita.

—Yo no quiero ver a la princesa.

—Eso dices ahora —rio su madre—, pero al verla cambiarás de idea.

—No —Se giró de nuevo—, la princesa es la que no quiere regar los campos. Tiene un lago enorme al lado de su castillo y no lo quiere compartir.

La marquesa chasqueó la lengua y guardó el espejo.

—¿Cómo quieres que lleven el agua del lago a todo el reino? Además, si tú no quieres ver a la princesa, ¿qué haces aquí? Podrías haberte quedado en casa y hubiera venido tu hermano.

El niño miró a su madre a los ojos, a las dos perlas tintadas de azul, y se hizo una bola para que no viese el fuego crecer en sus mejillas.

—Porque quería probar la comida del concurso.

La Marquesa de Achicoria acarició el pelo lacio de su hijo.

—La única que come en el festival es la princesa, así que tendrás que caerle muy bien si quieres probar algo.

—¿Si le caigo bien crees que me dejará?

—Todo es intentarlo, hijo.

Según el carruaje se acercaba al castillo de la princesa, la tierra se impregnaba de un color morado y verde. Alrededor del camino se extendía un campo de miles de flores de azafrán que llegaba hasta el horizonte, y según se acercaban más al castillo las flores tenían un color más vivo y los árboles surgían espontáneos; por el césped correteaban conejos y caballos salvajes y, algo más adelante, se empezaba a ver gente recoger la especia de la flor de azafrán.

—Madre —la voz del niño se apoyó sobre el vestido de ella como una pluma al caer.

—Dime, tesoro.

—¿Ganaremos otra vez el concurso?

Ella no contestó al instante, tomó un abanico que le acercó su criado y empezó a agitarlo.

—Claro, siempre ganamos.

—¿Siempre?

—Siempre, nuestra casa nunca ha perdido.

Ocho puntas de estrellas se asomaban desde un bosque cercano, todas en vertical dejaban caer una estela de ladrillos y tejas de zafiro y plata hasta moldear un edificio colosal.

Colgaban los estandartes del reino de las almenas y sonaban melodías tradicionales en el interior. Las ventanas tenían forma de punta de flecha y de margarita sin pétalos y el lago que circundaba el castillo pareciera el espejo que usaba la luna para lavarse la cara.

Cuando pararon el carruaje, dejaron que su mayordomo se ocupase del vehículo mientras ellos se adentraban en el castillo de la princesa, ocioso por el festival. Al entrar, se encontraron al resto de nobles en un gran salón de ventanales continuos al son de risas y cuchicheos.

—¡Han llegado! ¡Los Achicoria han llegado!

—¿Quién es el acompañante de la marquesa este año?

—Creo que es el hijo mayor.

—Sí, creo que es el hijo mayor.

—¿Es muy bajito o me lo parece a mí?

—No, no; lo es, lo es.

—Pobrecitos, casi no tienen para dar de comer a sus hijos.

—¿Cómo van a tener si no se enteran de nada?

—Por tener, no tienen ni para vestirse. ¿Cómo pueden ponerle al chico el mismo chaleco que usó su hermano el año pasado?

Trataron de pasar desapercibidos mientras buscaban a la princesa, pero a su paso los cuchicheos se alargaban, las risas se volvían chascarrillos y las manos de señoras, que por ser tan arcaicas desprendían polvo gris, tapaban sus bocas con el dorso para que no se les oyera meterse donde no les incumbía.

Una vez atravesado el infierno llegamos al cielo, y pudimos ver a la princesa que, con su boca de mariposa, daba un beso de plata a un noble embriagado por su presencia. Ella se arremangó el vestido de lágrimas de luna y caminó hacia nosotros por el centro del salón.

La señorita dejaba un rastro de olor a azafrán que todos notaban, los más sensitivos se agazapaban en sus asientos,

mientras musitaban un gemido de amor; las luces de luciérnagas en plena noche que brillaban desde las paredes reflejaban en ella el cariño que el sol le dio al darle vida y el orgullo del lago al alargar esta con su agua.

Cuando la tuve delante no pude evitar manifestar mi asombro; la escultura de su complexión y los ojos de incienso me sacaron del castillo para encerrarme en un sueño sobre una cama de lilas y jazmines, en una visión voluptuosa en la que cantaba para mí su voz de ave musical. La princesa se inclinó al pellizcar su vestido como si tuviera por manos piquitos de golondrina, dio un paso de gentileza hacia mí y, sosteniendo mi barbilla con su mano, noté descansar mi alma en el ala de un cisne. Sus labios se posaron en mi mejilla y no abandonaron mis facciones hasta una eternidad después. Su curvatura angelical y su carmín de rocío de azafrán dejaron una marca inmortal que me convenció de que mi madre tenía razón, sí quería ver a la princesa.

La dama saludó a la marquesa de la misma forma y caminó derecha hacia uno de sus criados, que sostenía una campanita de jade. Al tocarla, todos los invitados nos volvimos hacia la joven princesa y nos arrodillamos.

—Todos hemos llegado, no falta nadie más. Es hora de que comience el concurso, vuestros platos debéis sacar.

—¡Sí, mi princesa! —contestamos al unísono.

Y todos los invitados se fueron, menos yo, para regresar a los pocos minutos con una bandeja de plata de interior oculto.

—He de recordar las normas, rememorar a todos y todas, a niños, niñas, ancianos y ancianas las instrucciones. Como en los festivales anteriores, cada casa presenta un plato y yo los cataré con la única compañía de un miembro de dicha casa, en privado; todos los platos serán calificados y el ganador, el que considere mejor, tendrá acceso a una serie de beneficios tales como: sentarse en el consejo real, participar en la hacienda y el cargo de Marqués de las tierras de Achicoria. Si nadie tiene dudas, podemos empezar, tal y como marca la

tradición, con el ganador del año pasado —dijo al señalarnos con la fina palma de su mano, después se dirigió hacia mí—. Tú eres muy pequeño para quedarte aquí solo, puedes ir con tu madre, no te preocupes.

—¿Puedo también probar un poco de los platos?

Todos rieron, algunos con más dulzura y otros con sorna.

—Pero solo un poquito —dijo, y extendió su mano hacia mí—. Venga, vamos.

En la sala a la que nos llevó nada estaba adornado e incluso me pareció que la mesa tenía que mudar su piel de polvo de lo gruesa que se había vuelto. La princesa y mi madre se sentaron una en frente de la otra, mientras yo esperaba de pie, al lado de mi madre.

—Adelante, Marquesa de Achicoria, puede comenzar con la presentación.

—Sí, su majestad —dijo, y destapó sobre la mesa la bandeja, que ocultaba 20.000 gramos de azafrán.

La princesa no se inmutó, chasqueó los dedos y, de no supe dónde, apareció un mayordomo que se dispuso a probar la calidad del azafrán.

—Pero... Eso no es comida, es din...

—Chist —Le reprimió su madre—, no interrumpas.

—Todo correcto, su majestad —dijo el mayordomo poco después.

Ella le miró a los ojos y pestañeó dos veces, parecía que fueran alas de mariposa y que dejaban un rastro de polen. Él se fue y ella apoyó un codo sobre la mesa para perfilar con su dedo índice la comisura de sus labios.

—Bien, todo está en orden, pero no es suficiente cantidad.

—¿Cómo? S...son 20.000 gramos, su majestad. El año pasado con 15.000 fue suficiente para ganar el concurso.

—El año pasado recibí ofertas muy buenas, ¿sabe? Si quiere continuar con sus privilegios y con el título de Marquesa de Achicoria, debe demostrar que de verdad puede

defenderse en un ambiente de nobles. Así que deberá pagar 40.000 gramos de azafrán.

Mi madre casi se cayó de la silla al escuchar la cifra y yo empecé a producir una liviana capa de sudor que espesó en la frente y en la espalda. No entendía lo que pasaba, pero eso era mucho dinero.

—Majestad...

—Claro que —interrumpió cortante con su estética de niña maravillosa—, si no tiene suficiente, siempre puede agregar otra cosa de valor.

La Marquesa de Achicoria palpó sus prendas para comprobar qué podía ofrecer y solo encontró unos pendientes de perlas tan pequeños que tenía que sujetar ambos en la punta del dedo para que se vieran.

—Con eso no es suficiente, querida —Y volvió por primera vez la mirada hacia mí—. En cambio, tienes una pieza muy buena a tu lado. Si me das a tu hijo, los 20.000 gramos y los pendientes te perdonaré el resto del dinero.

Miré con discreción a mi madre, lo acababa de entender, pero sabía que ella no aceptaría semejante trato; nos iríamos de allí y empezariamos una nueva vida como súbditos normales. Hace mucho tiempo también vivimos así, no veía por qué no hacerlo otra vez. La Marquesa de Achicoria dejó los pendientes encima de la mesa, junto a la bandeja y se levantó.

—¿Mamá?

Ella se giró hacia la puerta, tomó la manilla y, sin mirar atrás, respondió:

—Adiós princesa, nos veremos en el consejo.

—Por supuesto —Y la puerta se cerró—, querida.

Quise moverme y aporrear la puerta hasta quedarme sin puños y luego llorar en el suelo, pero la princesa volvió a chasquear sus dedos.

—Ven, niño, ponte a mi lado.

Obedecí a la princesa por impulso.

—No llores, por favor. Ven aquí, sí. Chss. Chss. No llo-

res, no pasa nada, la princesa está contigo —La mano de la princesa acarició mi cabeza con dulzura, como una hoja mecida por el otoño—. Así me gusta, muy bien, no llores, no te preocupes más, que la princesa está aquí.

—Gracias... Te quiero... —Y me apegué más a ella.

Con la mano todavía en mi cabeza y los brazos arropándome como mantas en un día de invierno me dijo:

—¿Quieres ir al lago?

Asentí con fuerza. La princesa me levantó y me llevó acunado hasta la sala donde esperaba el resto de la nobleza, que nos abrió paso hasta la salida del palacio. Mis ojos, embutidos por las telas de seda de la princesa, no alcanzaron a ver lo que pasaba a mi alrededor; noté que cruzábamos una puerta y que la princesa se daba la vuelta, los nobles nos habían seguido. Oí el sonido del aire recorrer el cerco que dejaban las tapaderas de plata y escuché la fricción de un metal sobre otro, fino y claro.

Cuando quise mirar, uno de los nobles destapó su tapadera de plata y sacó un puñal, a su vez, otro que tenía delante me clavaba el suyo en la tripa y el siguiente en las costillas y el siguiente en la cabeza; hasta que me dejaron como un hormiguero. La princesa acercó su cara a la mía y me regaló un beso de buenas noches antes de tirarme y sumergirme sobre un suelo que se deshacía por donde pasaba. Una superficie fría que cubría todo mi cuerpo y que me engullía hasta llegar al fondo, donde pude descansar sobre una cama de huesos milenarios.

En la superficie, antes de dormirme, pude ver que todos los invitados brindaban y sentí por mi sangre arraigada en el lago que este fluía por todo el reino, hasta las afueras más recónditas, para llenarlo de vida. Cerré los ojos y los ecos de unas voces resonaron por última vez en mí:

—¡Por el festival, por el reino y por la princesa de Azafrán!